

Una melodía de muerte
y destrucción

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Sing Her Down*

En cubierta: fotografía de © Roberto Nickson / unsplash

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ivy Pochoda, 2023

© De la traducción, Pablo González-Nuevo

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-38-4

Depósito legal: M-13.522-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ivy Pochoda

UNA MELODÍA DE MUERTE
Y DESTRUCCIÓN

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*Para Louisa Hall,
fiera, sabia y leal más allá de toda medida*

«No hay modo de gobernar a las malas personas. Y si lo hay yo nunca he oído hablar de él».

CORMAC McCARTHY,
No es país para viejos

«Pero eso no son más que historias, cosas que la gente se cuenta a ellos mismos, algo para sobrellevar el tiempo que necesita la violencia en el interior de un hombre para consumirlo o bien extinguirse por sí misma, dependiendo de quién sea la vela y quién la llama».

DENIS JOHNSON,
Ángeles derrotados

Prólogo

Kace

Deja que te cuente una historia.

Conozco las historias de todas las que están aquí, he estado recopilándolas durante años. Hay una maldita biblioteca de voces archivadas en mi cabeza. A veces no hay demasiado que contar.

Pero esta querrás oírla.

Es sobre dos mujeres, dos mujeres en un mundo de mujeres, amputadas del mundo de los hombres hasta que dejaron de estarlo.

No creerías lo que las mujeres son capaces de hacer.

Esas mujeres, su error fue pensar que ardían con su furia personal y única. Algo más profundo, más oscuro de lo que sentimos las demás.

Deja que te diga una cosa, por dentro todas nos enfurecemos igual. Lo que cambia es el modo en que lo dejamos salir.

La historia termina a siete horas al oeste de aquí, a escasos kilómetros del océano. Igual que las mujeres que la protagonizan, corrió pero no logró recorrer todo el camino. Huyó del desierto sin conseguir encontrar el agua. Qué mala suerte caer antes de sentir la brisa del océano. Es fácil creer que esa mierda es capaz de limpiar algún que otro pecado. ¿Qué había de malo en intentarlo?

Pero quizá no querían llegar tan lejos. Puede que eso no formara parte de su plan, parte de su historia.

Me refiero a cada una de ellas.

El caso es que no tengo ni idea de qué ocurrió por el camino. Solo sé lo que me han contado.

De lo que me han hablado es de un mural.

Probablemente pensarás que es una chorrada, que te hago perder el tiempo hablándote de algo pintado con espray en una pared en un lugar en el que nunca he estado. Pero, créeme, he oído que se trata de algo importante.

Algún día iré a verlo. Abandonaré este gallinero y lo comprobaré con mis propios ojos.

Este mural está pintado detrás de una gasolinera en la esquina entre Olympic y Western de Los Ángeles. Hasta hace muy poco los nombres de esas dos calles no me decían nada. Pero los veo cada vez de modo más nítido.

Que yo sepa, ese lugar no es más que un cruce entre lo malo y lo peor, problemas en ambas direcciones.

Por lo que sé, allí es donde termina la historia.

El caso es que... este mural no es un mural corriente. La gente dice que está vivo. La gente dice que salta y se mueve. La gente siempre está contando locuras. La gente siempre piensa que yo solo cuento locuras. Después de todo tengo esas voces en la cabeza, no voy a mentirte.

¿Sabes qué fue lo que pensé cuando oí hablar por primera vez de ese mural viviente, de esa pintura que se mueve? Pensé que esos hijoputas llevaban tanto tiempo encerrados, seguros en casa parando el contagio, que habían perdido la chaveta.

Los cabrones llevaban tanto tiempo respirando con las putas mascarillas puestas que el oxígeno ya no les llegaba al cerebro.

Un mural viviente, y un burro que vuela.

Pero luego me di cuenta de que tiene sentido.

Todas esas voces en mi cabeza, las víctimas de las mujeres de esta prisión, siguen viviendo en mí. Así que ¿por qué co-

jones ese mural no podía estar vivo? ¿Por qué no iba a seguir circulando esa historia?

A lo largo de mi vida he visto un montón cosas que tienen mucho menos sentido.

Mi hija, Cassie, al final me envió una foto. Me pasé un mes pidiéndosela, malgastando sellos y llamadas telefónicas tratando de contactar con ella.

Le dije: *La próxima vez que vayas a Los Ángeles tienes que conseguirme una foto de esa movida, de ese mural.*

¿Para qué coño quieres una foto de un mural?, me preguntó.

Es lo menos que puedes hacer por alguien aquí encerrado como yo, le respondí. *Es lo menos que puedes hacer, joder. Tú solo hazme esa puta foto.*

Y la hizo. Movié su culo hasta ese cruce e hizo una foto con el teléfono móvil. Como he dicho, era lo menos que podía hacer.

Esos gilipollas tardaron una eternidad en imprimirla para enseñármela.

Pero para entonces yo ya había localizado a Cassie por teléfono para preguntarle dónde coño estaba mi foto.

Joder, zorra, me dice, *no te lo vas a creer. Pensé que habías perdido del todo la cabeza al enviarme a buscar un mural en mitad de una puta pandemia. Pero ese puñetero mural se mueve. En mi foto no se aprecia, pero te juro que una de esas mujeres está caminando hacia la otra.*

Al día siguiente me entregaron la copia impresa de la foto. Borrosa de cojones, pero no importa.

Solo conozco Los Ángeles por las películas, pero en el mural parece una ciudad fantasma. Muerta de cojones. Vacía. «Hue-

ca» es la palabra que se me viene a la cabeza. Incluso borrosa, no hay más que verlo.

No tengo ni idea de cómo demonios puede el arte captar lo que no está ahí en vez de lo que está.

Y deja que te diga una cosa, casi puedes oír ese vacío. Un sonido hecho de ecos y basura volando de un lado a otro. El sonido de la nada.

Además de todas esas mascarillas y la porquería girando por las calles como plantas rodadoras. Mi abuelo solía ver pelis de mierda de John Wayne y Henry Fonda, así que sé de qué hablo.

Lo que te decía, una ciudad fantasma. Eso es lo que pintó el artista.

Escucha, no sé cuál es el truco, pero incluso en esa mala copia parece que la foto se mueve.

Al principio pensé que era la luz de mi celda.

La luz que no dejaba de cambiar a través del cristal arañado de mi ventana.

Pero es la puñetera foto. Estoy segura.

Estoy segura, segura de veras. Puede que sea una asesina, puede que oiga voces. Pero eso no significa que esté loca.

En el mural hay dos personas. Dios y Florida. Lo sabrás todo sobre ellas.

En ese cruce termina su viaje.

Florida está caminando hacia el norte por Western. En lo alto de una colina el cartel de Hollywood contempla la escena.

Más adelante está Dios, bloqueándole el camino. Ella lleva el cabello trenzado, brillante y negro como el carbón. He recibido esa mirada muchas veces. Significa que se le ha metido algo entre ceja y ceja. Significa no me jodas o jódeme si te atreves.

Si miras con atención se ve un mechón de pelo suelto agitado por el viento. Te lo juro.

Los ojos de Dios son como los de una serpiente, no parpadean. Esos no se mueven por mucho que mires la foto. Tiene la mirada fija. Más fría que una piedra.

Es Florida la que está en movimiento, caminando calle arriba, decidida. No hay coches. No hay gente. Solo esas dos mujeres. Como si la ciudad hubiera decidido detenerse para ellas y para lo que va a ocurrir.

Puedes ver a Florida de perfil. Su cara se ve apagada, como si se hubiera maquillado para Halloween. Tiene el pelo recogido hacia atrás. Pero se puede ver que todavía lo lleva decolorado.

He conocido a Florida durante tres años. Viví con ella casi doce meses. Y nunca vi la expresión que tiene su cara en ese mural.

Una parte de mí quiere pensar que el pintor la cagó.

Pero hay otra parte, bueno, una parte que cree que ese lado de Florida siempre estuvo ahí.

Es sorprendente lo mucho que tardamos en llegar a conocernos. A menudo lleva tanto tiempo que cuando lo hacemos ya es demasiado tarde.

En mi caso, en realidad no soy una asesina, aunque maté a alguien. Y aun así la gente, demasiada gente, insiste en decirme que eso es exactamente lo que soy. Eso y nada más.

Florida, en fin, no estoy del todo segura de quién es. Pero la mujer del mural parece tenerlo claro.

En la pintura todavía lleva puestas las botas que nos dan en prisión.

Casi puedes oírlas pisando el asfalto.

Da un paso.

Otro.

Lleva algo en la mano, pero el mural no lo muestra.

Lo único que puedo ver es el inminente desenlace. La espera interminable. El último aliento. Los últimos momentos de Dios y Florida.